

# JUEGOS FLORALES

*El Salvador 2014*

COMPILACIÓN DE TEXTOS PREMIADOS



SECRETARÍA DE CULTURA DE LA PRESIDENCIA



## Tumba número uno

El soplo le llegó al licenciado Ismael Torres antes de las siete, cuando acababa de arribar a su despacho en el edificio de la Fiscalía: una mole de cristal y acero a pocos metros del Hospital San Rafael. Tomó el celular que sonaba en aquel momento, lo abrió y lo llevó al oído. Cuando colgó se cambió el traje, la camisa y la corbata por unos jeans y una camiseta azul. Tomó la pala, que permanecía en un rincón de la oficina, y se dirigió al parqueo donde lo esperaba el *pícap* doble cabina que era su vehículo oficial.

Cuando llegó a la delegación de Apopa ya los agentes lo estaban esperando. Uno de ellos, Sánchez, era un viejo conocido de cuando Torres trabajaba en la Unidad de Homicidios de la Policía Nacional Civil. Los dos agentes uniformados subieron a la cama del vehículo, Sánchez ocupó el asiento del copiloto y Torres arrancó.

Hacía más de una semana que no llovía, el viento soplaba de norte a sur y en el cielo claro no había una sola nube. El perfil del volcán destacaba, nítido, contra el horizonte azul, tan diáfano que parecía de vidrio. Por el lado de Valle del Sol tomaron un camino secundario y dieron con la milpa que había mencionado el testigo. Bajaron del *pícap* y el agente Sánchez acercó el transmisor de radio a su boca. “Afirma... hay una milpa reseca por encima del nivel del río y tres cocoteros”. Al otro lado solo le respondieron los chicharrones de la estática. Una voz contestó un rato más tarde: “El testigo dice que el cuerpo está junto a un cerco de púas, varios metros antes de la orilla”.

La mirada de Torres barrió el panorama y ubicó los tres cocoteros y el cerco de alambre espigado. Más allá el terreno caía en un declive brusco. Se dirigió a la cama del *pícap* y tomó la pala. “¿Y ustedes?”, les preguntó a los policías. “¿No se les ocurrió traer nada para escarbar?”. Notó de inmediato la incomodidad de los agentes. “Huevones”, dijo por lo bajo, de modo apenas audible pero con mucha mala leche. En alta voz les ordenó con tono perentorio: “Vayan a esas casas. A lo mejor alguien se apiada y les presta aunque sea un azadón”. De mala gana los policías echaron a andar hasta la última calle, que terminaba a unos doscientos metros.

Entre tanto Ismael agarró la pala y se dirigió al área donde terminaba la milpa seca y había un espacio baldío. “Ubiqué varios hundimientos en la tierra”, declararía después a los periodistas de un conocido noticiero de televisión que viajaron al lugar para entrevistarlo. Sus ojos acostumbrados a trabajar sobre el terreno descubrieron la tierra removida. Se aproximó y se quitó la camiseta. Se puso los guantes, clavó la pala en la tierra con decisión y trabajó durante media hora sin importarle el sudor que le corría desde la frente por toda la cara, el cuello y la espalda. A medio metro se hizo visible un trozo de tela. Entonces trazó un perímetro con unas varillas de hierro y una bola de cordel que llevaba y les señaló a los agentes su tarea: “Comiencen aquí”, ordenó, a varios metros del cuerpo que había localizado. Los hombres iniciaron su trabajo mientras Torres continuaba concentrado en el hallazgo que acababa de hacer.

Sánchez y su compañero acababan de regresar de su pesquisa y traían un azadón y una piocha que un alma caritativa les había prestado. No parecían entusiasmados ante la perspectiva de cavar, pero trabajaron sin hacer comentarios. Entre tanto el criminólogo fue apartando la tierra con delicadeza gracias a una brocha y mucha paciencia. Al cabo de una hora había logrado establecer nítidamente los límites del cuerpo. Fue marcando el contorno y tomando medidas con una cinta métrica. A un lado colocó una escala a cuadros blancos y negros como referencia.

“Es una mujer”, concluyó, a juzgar por la ropa. No era a ella a quien estaban buscando, eso lo tuvo claro desde el principio. Buscaban a un hombre. Un pandillero que había intentado salirse de la clicca y había sido asesinado por sus compañeros. Las prendas que iban apareciendo eran indudablemente femeninas. De aquella mujer, sin embargo, nadie sabía nada. Anotó de todos modos los datos que pondría en el informe: “Cuerpo enterrado a cincuenta centímetros de profundidad, probablemente de sexo femenino (revisar la cresta ilíaca de la osamenta para comprobar el dato). Viste blusa azul y falda de lona. Sandalias de plataforma negras. La osamenta aún presenta masa muscular. Es probable que tenga menos de seis meses de muerta. La blusa muestra al menos doce perforaciones con arma cortopunzante”.

Mientras los agentes seguían cavando a su alrededor, Torres se concentró en terminar de despojar al cuerpo de la tierra. Hizo anotaciones en su libreta y fotografió el hallazgo desde distintos ángulos a fin de dar idea de su posición, tal como había sido sepultado, y de la ubicación del enterramiento en relación a algunos puntos de referencia, como el cerco de púas y los cocoteros.

Sánchez se le acercó. Estaba de malas pulgas y se le notaba. “¿Cuándo cree que la mataron?”, preguntó, sin preámbulos. Torres le dio su hipótesis. “¿Qué le molesta?”, preguntó, directo. “Nos van a hartar vivos”, dijo el agente. Sí, se daba cuenta: con aquel enterramiento el total de muertes violentas anuales en el municipio subiría a noventa y nueve. El mismo total del año anterior. Y estaban en noviembre. De ahí al treinta y uno de diciembre había tiempo de sobra para romper el récord.

“Los muertos no los mataron ustedes”, respondió Torres, tratando de quitarle hierro al asunto. “Igual nos van a culpar”, respondió el agente. Sí, en eso tenía razón, pensó. Sabía que así eran las cosas. Por algo había trabajado en la Policía. No importaba que aquel fuera, desde hacía mucho, uno de los municipios más violentos del país. “Yo sólo hago mi trabajo”, repuso, en tono neutro. Sánchez se hacía cargo, pero seguía sin hacerle gracia.

A pocos metros el otro agente se topó con un objeto desconocido. Se aproximaron. Era una cartera de cuero negro. Uno de esos bolsos grandes con una correa ancha para colgarlo del hombro. Torres lo desenterró con cuidado y lo abrió. Dentro había un peine, un cepillo, una bolsa con cosméticos, un par de tijeras de cortar pelo, una billetera y una sombrilla pequeña, de esas que se doblan hasta quedar convertidas en nada. Al verla, Torres dijo: “Probablemente la mataron en invierno”. “¿Por qué?”, le preguntó Sánchez, que al parecer deseaba llevarle la contraria. “A lo mejor usaba la sombrilla para protegerse del sol y no de la lluvia”. “Puede ser”, concedió Torres, aunque siguió aferrado a su hipótesis.

Abrió la billetera y encontró los documentos. “Nuria Hernández”, leyó, al consultar el DUI. “De oficio cosmetóloga”. Le tomó fotos al documento al derecho y al revés, y anotó la dirección. Quizá la familia todavía viviera en la dirección escrita en aquel trozo de plástico y pudiera darles más información sobre la fallecida. Era una débil posibilidad, pero no había mucho de donde agarrarse.

Torres volvió a examinar el cadáver y notó la herida profunda en el cuello. Por poco no la habían decapitado. Eso y las puñaladas en la blusa lo estremecieron a su pesar. Era un hombre curtido por su trabajo, pero aquel homicidio había sido perpetrado con tanta saña que aun para los parámetros de las pandillas era demasiado cruel. “A esta difunta le llevaban hambre”, pensó. Y al hacerlo cerró momentáneamente los ojos y se secó la cara con la camiseta. No era un trabajo fácil, pero era el suyo. Y alguien tenía que hacerlo, pensó.

Fue varios días después, estando en su oficina, cuando Sánchez lo llamó. “¿Se acuerda de la cosmetóloga?”, dijo. Torres asintió. No necesitaba más detalles. Era difícil de olvidar. “Investigué la dirección del DUI”, añadió. “¿Y?”, preguntó. “Vivía en la comunidad “La Fosa”, tal como decía allí. Tenemos un informante en la zona y la reconoció. Trabajaba en el centro, en uno de los salones de belleza al norte del Hula Hula”. El agente le dio el nombre del local y Torres decidió darse una vuelta.

El parque Hula Hula recibió ese nombre porque a principios de los años sesenta un alcalde colgó unos aros de unos postes y sembró enredaderas en los arriates para que fueran escalando

hacia aquellas estructuras. Los aros se parecían a los que los niños usaban para mover las caderas en aquel baile de inspiración hawaiana y el nombre prendió en la imaginación popular. Luego el Hula Hula fue parqueo y hacia el norte, en una pequeña plaza, se concentraron las ventas hasta convertirla en un área peatonal ocupada por muchas ventas. Ahí se conseguían camisetas, ropa de todo tipo, discos piratas, libros usados y, hacia el lado por donde quedaba antes la abarrotería El Cochinito, había varias minúsculas peluquerías.

Cuando llegó al lugar una muchacha morena le cortaba el pelo a una mujer de unos sesenta años. “Espéreme tantito a que termine”, le pidió. Sin responder, Torres se sentó a leer el diario. Una vez concluido el corte, la clienta pagó y se marchó. “Siéntese”, pidió la peluquera, indicándole el lugar ante el espejo, pero él le aclaró que no requería de sus servicios profesionales. “Vengo por otra cosa”, dijo, sacando una foto. Se la mostró y la muchacha hizo un gesto de horror.

“¿La conocía?”, preguntó. “Sí”, confesó, y la identificó sin problemas. “¿Quién es usted?”, preguntó, mirándolo con desconfianza. Torres le mostró su insignia y la expresión de la chica se endureció. “Trabajaba aquí, conmigo. El negocio era de las dos. ¿Dónde la encontraron?”, inquirió.

“En Apopa. En un cementerio clandestino por Valle Nuevo. ¿Hace cuánto la vio por última vez?”. La joven respondió que hacía más de seis meses que su socia se había ausentado del trabajo. Desde entonces no la había vuelto a ver. “¿Sabe usted si tenía enemigos? ¿Alguien que quisiera hacerle esto?”, preguntó. La mujer negó con la cabeza. Se le habían humedecido los ojos y un rictus amargo curvó su boca.

Sin embargo, algo puso las antenas de Torres en actividad. No terminaba de cuadrarle la actitud de la mujer. Una cierta frialdad bastante escalofriante a pesar de su expresión horrorizada. “¿Tenía ella familia?”, preguntó. La mujer volvió a negar. No. Al menos, no le conocía ningún pariente. Alguna vez le dijo que tenía un hermano que se había ido al norte hacía muchos años. No, no le mandaba dinero. Ella se sostenía sola de lo que trabajaba.

“¿Algún novio? ¿Hijos?”. Negó de nuevo. Torres alcanzó a notar un hilo de miedo en sus ojos. ¿A qué le temía tanto? Imposible saberlo. Anotó los datos de la mujer y después de pedirle que le informara si surgía algo, le dejó su tarjeta y se marchó.

Pasaron los días y la peluquera no llamó. Semanas después, cuando una tarde se dio una vuelta por aquella zona, notó con sorpresa que el local estaba cerrado con cadena y candado y encima había un letrero grande que rezaba: “Se vende”. ¿De qué modo la mujer estaba involucrada en el homicidio? Torres nunca llegó a saberlo.

Fue, como tantos, un caso más archivado sin resolver. No hubo un familiar que identificara los restos, ni denuncias de nadie, ni acusador particular alguno interesado en darle seguimiento a las pesquisas. Torres tenía otros muertos que desenterrar y al agente Sánchez le preocupaba la rapidez con que crecían las cifras de homicidios en su delegación.

La de Nuria fue una más de esas desgraciadas muertes que engordan malignamente las estadísticas de la impunidad. ¿Pero qué es una raya más para el tigre? Su tumba fue a dar al mismo cementerio atestado que, a veces, aunque a algunos no les gustara admitirlo, a Torres se le antojaba que abarcaba el país entero hasta constituir un verdadero reino de la muerte.

## **Tumba número dos**

El sol, desde el cenit, no dejaba ni brizna de sombra. El calor, mezclado con la humedad que subía desde el río, volvía a aquel paraje un verdadero baño sauna. “Vamos a comer”, dijo Sánchez. Torres aceptó. Se lavaron las manos con la garrafa plástica que había llevado llena de agua y bebieron hasta aplacar la sed. Hecho esto, se treparon al *pícap* y se dirigieron a Apopa.

Almorzaron en un pequeño comedor, cerca del mercado. Los tres hombres, Sánchez, el agente al que no conocía Torres, y éste último, comieron en silencio. Las miradas huidizas de los



tres vigilaban el entorno. Se sabían en territorio hostil donde sus caras, aunque desconocidas para la mayoría de los habituales, constituían un riesgo. El más inocente comentario podía ser un arma en su contra. Conscientes de esto, o tal vez dominados por cierta paranoia que ya era parte de sus vidas, terminaron de comer, pagaron la cuenta y subieron de nuevo al *pícap*.

Pero no se dirigieron al terreno sino a la delegación. Torres pretendía que le prestaran al menos a un agente más para reforzar la tarea y avanzar más rápido. La gestión fue inútil. “Lo siento mucho. Me falta gente para patrullar el municipio, licenciado. Va a tener que trabajar con lo que hay”. Sí, Torres ya se había percatado de ello. Se encogió de hombros. Ni modo. Montaron en el *pícap* y partieron de nuevo hacia Valle Nuevo.

Encontraron el lugar como lo habían dejado. Los restos de la cosmetóloga, ya limpios, fotografiados y medidos concienzudamente, descansaban dentro de una bolsa grande de plástico negro, como las que se usan para recoger la basura en los jardines. Después de sacar la cartera, habían continuado más abajo y hallaron a una pareja. El trabajo estaba a medio andar y a pesar del sol inclemente, Torres continuó su labor. Les indicó a los agentes dónde seguir cavando en otro sitio donde halló tierra removida y él se concentró en aquellos otros dos cuerpos.

Formaban una sola melcocha: restos óseos, ropas, tierra... la masa muscular se había perdido, devorada por los insectos y microorganismos de la zona, y los cuerpos habían iniciado un proceso de momificación. Torres conocía el *modus operandi* de muchos criminales. El asesinato había sido el paso final de un rito de muerte que demandaba primero la humillación de las víctimas. Las dos tenían las bocas abiertas en un mudo grito de agonía. Sin embargo, pensó Torres, eso no era concluyente. Muchas cosas le pasan a un cadáver en las horas inmediatamente posteriores al fallecimiento. Aún así, no dejó de impresionarle la posición de los cráneos.

Siguieron trabajando hasta que la luz disminuyó a tal punto que hacía imposible continuar. Cubrieron la excavación con un

plástico. Torres no había conseguido que le compraran un canopi. Hasta la pala había tenido que comprarla con su sueldo de empleado público. Tal vez algún día, pensó Torres, sin muchas esperanzas.

“Dice el testigo que la cosmetóloga fue un encargo”, le dijo Sánchez otro día, cuando iban de camino, de vuelta a Apopa. “¿Encargo? ¿De quién?”, preguntó el criminólogo conduciendo el *pícap* por la calle nueva, a la altura de Ayutuxtepeque. “No sabe o no quiere decir”, repuso el agente. “¿Y los dos estudiantes abrazados?”, preguntó Ismael, “¿también fueron un encargo?”. “No. A esos los mataron porque el chavo era de otra clicla y uno de la mara local le andaba cayendo a la cipota”, aclaró Sánchez.

La madre había reconocido los zapatos de la joven: un par de tenis *ríbock* que un pariente le había mandado de los Estados. Tenía quince años, vestía el uniforme del INA, Instituto Nacional de Apopa, y estaba en primero de bachillerato. En cuanto al chavo, tendría la misma edad, llevaba un pantalón negro y una camiseta blanca. Nadie lo había identificado ni había reclamado el cuerpo. Ignoraba si la madre de la joven habría puesto sobre aviso a los parientes del muchacho. “Si nadie lo reconoce, irá a la fosa común”, informó Torres a los periodistas cuando llegaron con sus cámaras de televisión. La pareja había desaparecido aproximadamente dos años antes.

La funeraria se llevó los restos. “Le vamos a rezar sus nueve días”, dijo la madre, enjugándose los ojos con una toalla percutida. Por lo menos, pensó Torres mientras veía la televisión otro día y los periodistas entrevistaban a la señora en la pequeña pantalla, ahora ya sabe dónde está su hija. Estaba consciente de que muchas veces lo peor era la incertidumbre. Triste y todo, aquel final le dejó la sensación de que estaba haciendo su trabajo.

## Tumba número tres

Pero nada preparó a Torres para lo que encontraron en la llamada “Tumba número tres”, que era donde estaban cavando los agentes mientras él desenterraba los restos de la pareja. Después que llegó la madre de la joven e identificó los restos, y luego de la entrevista televisiva, porque alguien filtró la noticia a la prensa, se concentró en aquel lugar donde había aparecido primero un trozo de tela y un mechón de cabellos.

De inmediato, a medida que excavaba, Torres se dio cuenta de que era un cuerpo pequeño: tendría a lo más un metro cuarenta o cuarenta y cinco. Al desenterrar los zapatos se dio cuenta de que definitivamente no era un adulto. Eran unos tenis blancos con celeste y dibujos de animalitos. Un niño. Se estremeció a su pesar. Casi nunca hablaba de su vida privada y por seguridad todo dato sobre su familia lo manejaba como secreto profesional, pero Torres tenía mujer e hijos, como la mayor parte de los policías y de los fiscales. De pronto se puso a pensar qué haría si a uno de los suyos les pasaba algo así. Era el tipo de cosas en las que, por disciplina, se obligaba a no pensar.

“¿Quién sería capaz de matar a una criatura?”, se preguntó en voz alta el fiscal cuando Torres le pasó el informe. “¿Me pregunta a mí?”, repuso el criminólogo. “No”, le respondió, “nomás es una pregunta retórica. Voy a ver entre los reportes de niños desaparecidos a ver cuál encaja en esta descripción”. Dio media vuelta y se perdió por el corredor rumbo a los ascensores.

“Hay un niño de aproximadamente esa edad. Vestía un pantalón corto y camiseta del mismo color de los encontrados en Apopa. Y los zapatos también concuerdan. Voy a llamar a la mamá para que acuda a reconocerlo”. Torres colgó el teléfono. Por la tarde tenía al fiscal y a la señora junto al agujero en el que trabajaba.

“Sí, es él”, dijo la mujer, antes de hundirse en una crisis nerviosa. Tuvieron que llevársela prácticamente en brazos. Fue

Sánchez quien reconstruyó la historia: Briseida Galdámez, la madre, se había acompañado a los catorce años con Bryan Orellana. Aunque las familias eran vecinas, el padre de Briseida tenía una larga disputa con el padre de Bryan por un asunto de límites de los dos lotes donde vivían, cerca del lago de Coatepeque, y donde habían hecho sus respectivas milpas. Cuando Briseida salió embarazada, tuvo que escapar de la vivienda porque su padre la amenazó con una raja de leña. “No se te pudo ocurrir nada mejor que dejarte preñar de ese cerote...”, le gritó el padre, furioso por lo que incluyó en la lista como una nueva afrenta de las muchas que le había infligido su enemigo.

A regañadientes la familia de Bryan la admitió en la modesta vivienda. Ahí nació el niño, Mario, que se crió en medio de la violenta enemistad entre las dos familias. Evaristo, el padre de Briseida, hizo lo imposible con tal que su hija abandonara a Bryan y regresara a vivir con los suyos, pero la muchacha ignoró siempre las amenazas y los insultos de su padre, dándole la callada por respuesta. Al fin y al cabo, era su padre. Así pasaron los años. Cuando Evaristo se dio cuenta de que Briseida estaba embarazada de nuevo y que era claro que no regresaría al seno familiar, hizo contacto con un miembro de una clica que vivía lejos de la zona.

Un día, Marito desapareció. Briseida y la familia de Bryan lo buscaron con desesperación por todas partes. Al no aparecer, pensaron que quizás el niño, jugando, se había metido al lago y había perecido ahogado. Pero las aguas nunca arrojaron el cuerpo. Briseida no supo más de la criatura hasta aquella fatídica mañana cuando la llamaron de la Fiscalía.

El testigo criteriado completó la historia: la muerte del niño había sido un encargo de Evaristo, el padre de Briseida. El hallazgo de una cadena que llevaba el niño entre las cosas encontradas en la vivienda del abuelo confirmó la historia del testigo. Este la reconoció. Se la había dado al abuelo cuando recogió una parte del pago por el “encargo”. Cuando Briseida recibió la cadena con la medallita, la examinó con cuidado.

“Sí, es de Marito... se la regaló la madrina cuando lo bautizamos. Ahí está la fecha del bautizo”. Un rápido peritaje en la parroquia corroboró lo dicho. Briseida tenía los ojos secos y una extraña resolución en el rictus amargo de la boca. “Cuando me acompañé con Bryan tenía la esperanza de terminar con tantos odios entre las familias... y mire lo que pasó...”.

Torres asintió. Se daba cuenta. “No vaya usted a hacer algo peor que lo que hizo su padre”, le dijo. Y señaló al vientre de ocho meses de Briseida. “Hágalo por ese hijo que no ha nacido todavía... que no le pase lo mismo que al otro niño”. Al oírlo, la mujer palideció, pero asintió. La vio irse con su paso lento y su amargura.

Aunque satisfecho por haber encontrado la verdad, a Torres lo asaltó una profunda sensación de disgusto. Qué terrible se le antojaba su trabajo. Y sin embargo, alguien tenía que hacerlo. Aquella noche, cuando mandó a sus hijos a la cama, tapó con la cobija al menor y lo besó en la frente. Lo miró dormido. Tenía la misma edad que Mario. Un escalofrío le recorrió la espina dorsal. Apagó la luz y se alejó.

### **Tumba número cuatro**

Torres llevaba ya una semana de excavación en Apopa y todavía no encontraba lo que andaba buscando. “Por la gran puta”, pensó aquella mañana, a eso de las siete, cuando hundió la pala en la tierra. O el testigo les estaba viendo la cara de pendejos o aquello era mucho más grande que todo lo que había hallado a lo largo de su carrera de investigador. En tres lugares habían encontrado un total de cuatro cuerpos y ninguno era el que pensaba hallar.

Y eso que no era la primera vez que Torres encontraba cosas verdaderamente espeluznantes, como las osamentas del llamado “pozo macabro”: un hallazgo en el que invirtió quince días, situado en el Llano del Chilamate, jurisdicción de Jucuapa, departamento de Usulután al que llegó también gracias a un testigo criteriado.

Encontró tres hombres asesinados lanzados a un pozo de unos ochenta metros de profundidad. Tuvo que cavar un agujero paralelo y romper el fondo de cemento del pozo para dar con los restos. Los exámenes de ADN habían servido para identificarlos y para condenar a los siete asesinos.

No había llegado aún al punto de derrumbe moral como para agarrarle gusto a su trabajo. Pero era el suyo, trataba de hacerlo bien, y además, alguien tenía que hacerlo. Alguien tenía que armarse de valor, agarrar una pala y ponerse a cavar hasta hacer visibles tantas muertes.

Las discusiones con el jefe de la delegación de Apopa se tornaron ásperas. “A la gran puta, licenciado. Ya no escarbe más. No me joda. Cada vez que saca otro cadáver me suben las estadísticas. No es suficiente con que éste sea el municipio más violento. Después tienen que venir todos esos cerotes de las cámaras y de los micrófonos a interrogarme sobre lo que estamos haciendo para detener esta “ola delincencial”. A veces ni gasolina tengo para hacer diligencias. Y la gente jodiendo que quiere resultados. ¿Qué no se da cuenta de que esto está infestado de mareros?”.

Cuando el jefe de la delegación se desmadraba en aquella forma, Torres se limitaba a señalar que sólo hacía su trabajo. “No se queje conmigo, inspector Hernández. Dígaselo a los mandos de la policía. Yo no reparto vales de gasolina. Lo único que hago es sacar muertos. Y no crea que me gusta”.

Además, y ese era un tema que Torres evitaba discretamente y a rajatabla, los policías estaban muertos de miedo. No sólo en cementerios clandestinos aparecían muertos. También de vez en cuando arrojaban algún cadáver en radio urbano, a plena luz del día y con total impunidad. Era como si dijeran: “Aquí estamos, no nos pueden tocar. En cambio nosotros podemos matar a quien nos dé la gana y ustedes no podrán evitarlo”.

Era peor que la guerra, pensó Torres. Una guerra no declarada en la que nadie llevaba las de ganar. Pero entre tanto el número de

muertos engordaba como un monstruo prehistórico a costa de gente que nada debía. Para lo único bueno que sirvió la atención mediática fue para que, cuando Torres pidió refuerzos, se los dieran sin chistar.

Sánchez y un grupo de agentes recién graduados de la Academia se treparon al *pícap* con sendos fusiles automáticos. No sin cierta dosis de sadismo, el criminólogo enfiló por las calles más transitadas de Apopa, para que todos vieran que no les tenían miedo.

Puesto que nadie intentó obstaculizar su trabajo, la estrategia tuvo éxito. También ayudó a que el jefe de Apopa fuera más comedido. La siguiente vez que Torres le pidió ayuda, se la brindó de buena gana. Fue esa mañana cuando encontraron las dos bolsas de plástico negro. Fue abriendo aquello y una bocanada de hedentina atrajo a una bandada de zopilotes que volaron en círculo mientras se aproximaban con cautela.

“Estos son”, pensó el licenciado cuando se puso a examinarlos. Se había calzado los guantes, la gabacha blanca y la máscara antigás. Los agentes se alejaron. Unos se quedaron prestando vigilancia mientras dos de ellos comenzaban a cavar más cerca del río.

En efecto, aquellos eran los cuerpos que andaba buscando. Había dos en cada bolsa. Los habían perforado a conciencia (después el forense durante la autopsia contó más de cien puñaladas) y una vez muertos los habían desmembrado como pollos. A aquellas alturas, Torres era un hombre curtido en su oficio, pero aún así se le revolvieron las tripas cuando tuvo que abrir las bolsas y ponerse a rearmar cada cuerpo. Les habían dado muerte al menos siete días antes, lo cual concordaba con la información que brindó el testigo criteriado.

“¿Y por qué los mataron?”, le había preguntado el licenciado a Sánchez. “Por supuestos traidores”, respondió. Les habían montado un cerco en una barra show, los capturaron, los ataron y los fueron a matar a un campito desarbolado a un lado de la milpa. Toda la mara, unos treinta hombres, habían “mojado” sus armas en los cuerpos de los cuatro “traidores”.

Aquella, bien lo sabía, era una manera de reforzar los lazos de lealtad entre los miembros de la mara. Sabían que si intentaban salirse o convertirse en soplones, correrían la misma suerte que aquellos desgraciados. Pero también era una manera, y Torres lo sabía bien, de complicarlos en los mismos homicidios y de diluir la culpabilidad. Aunque el jefe degolló al primero, habían sido todos los responsables de las muertes, porque todos habían clavado sus cuchillas en los cuerpos de sus excompañeros.

Le llevó el resto de la mañana ordenar los cuerpos y colocarlos acostados boca arriba. Hecho esto, les tomó medidas y fotografías no solo a los cadáveres, sino a la zona de excavación. En eso estaba cuando llegó una fiscal jovencita. Parecía que iba a una fiesta rosa: zapatos de tacón alto, falda, blusa y chaqueta del mismo color. Lo primero que hizo fue quejarse del tufo.

“Si quiere, al próximo se lo perfume”, pensó para sí Torres, pero no dijo nada. La tipa, además de presumida, le pareció de lo más pendeja. “Métamelos en una bolsa y mándelos a Medicina Legal”, le dijo, como si los cuerpos fueran un regalo de Navidad o a saber qué. “Como quiera”, se limitó a mascullar Torres. Pero en realidad, estaba que mordía. No podía creer que aquella mujer fuera fiscal. Le importó un pepino todo el trabajo que se había tomado el criminalista sacando fotos y rearmando los cuerpos.

Dudaba que alguien fuera a reclamar los restos. Era evidente que eran mareros, no solo por la declaración del testigo, sino por los tatuajes que a pesar del tiempo transcurrido todavía se lograban identificar en la piel de varios de ellos. Letras góticas, imágenes diabólicas, nombres entrelazados eran algunos de los diseños aún observables. Algunos incluso tenían tatuajes en la cara y varias lágrimas que simbolizaban, cada una, un asesinato.

Para su sorpresa, a la Fiscalía llegó Dora Alicia Argueta, que dijo ser la madre de uno de los muertos. “Sí”, admitió. “Mi hijo era marero”. Era el mayor. El padre nunca lo reconoció. Dora Alicia lo tuvo cuando solo contaba quince años. Cuando su familia supo que estaba embarazada, la corrieron de la casa. Se empleó como



doméstica y de eso vivió hasta que nació el niño. Cuando buscó a la familia del padre de la criatura, le dijeron que se había ido de mojado. Nunca le ayudó. Ni siquiera quiso conocer a su hijo.

Dora Alicia se dedicó a vender por los alrededores del Mercado Central. Chongas y colas para el pelo, diademas, bisutería barata. Dejaba al niño en el puesto de una comadre y se iba con el canasto debajo del sol, a huir de los policías municipales, a rebuscarse. Después se acompañó con otro hombre que le dio mala vida. Le gustaba beber y tenía mal trago. Y cuando se emborrachaba la emprendía contra ella.

Dora Alicia le aguantó lo que pudo. El hombre le pegó una hija y cuando notó su barriga, se fue para no volver. Ella siguió trabajando, vendiendo de lo que se pudiera, con tal de sacar adelante a Wilmer, el niño mayor, y a la hija. Les dio estudio hasta sexto grado. Después Wilmer comenzó a andar en malos pasos. Le robaba dinero de la cartera para comprar el bote de pega. Se fue la primera vez toda la noche. Cuando volvió, ella le metió una soberana penquiada.

Por una semana el bicho le hizo caso y se mantuvo por la plaza Libertad lustrando zapatos. Pero después volvió a perderse. A veces se iba hasta una semana. Dora Alicia lo seguía hasta la plaza, buscándolo. Cuando lo hallaba lo somataba a golpes, hasta que comprendió que eso lo alejaba aun más.

Ya por último Wilmer se fue del todo. Algunas conocidas del mercado le contaron que lo habían visto con mareros. Fue en esa época cuando Wilmer se brincó y Dora Alicia lo perdió del todo. El cipote aguantó una verguiada de dieciocho segundos que lo dejaron como que era Frankenstein: la nariz rota, una ceja partida, el labio reventado...

De ahí en adelante estuvo saliendo y entrando de la Correccional. Pero más tardaban en capturarlo que él en fugarse. Para sobrevivir se dedicaba a hurtos menores: una cadena aquí, un celular allá, siempre a punta de cuchillo... dejó la pega y le

entró al crack. Comenzó a vender droga por la Tutunichapa y como necesitaba más dinero para la piedra, fue especializándose en desvalijar vehículos.

Dora Alicia se hizo evangélica. Cuidaba a la niña con una terquedad que rayaba en la obsesión. No quería que a la pequeña le pasara lo que al mayor. Un día lo vio, de lejos, y trató de hablarle. Pero Wilmer siempre se escabullía. A pesar de todo, de vez en cuando se las arreglaba para hacerle llegar unos centavos a su madre. Por eso ella pensaba que su hijo no estaba del todo perdido.

Al fin consiguió hablar con él gracias a un expandillero que se había convertido en pastor y predicaba en su iglesia. El joven logró arreglar un encuentro entre madre e hijo y Dora Alicia le suplicó a Wilmer que abandonara a la pandilla.

Fue la última vez que lo vio. De la Fiscalía la llamaron para que identificara las ropas y las fotos del muchacho. Torres trató de que en la foto solo saliera la cabeza, sin que se notara el descuartizamiento. “Es él”, dijo Dora Alicia al reconocerlo. Se llevó la mano al corazón y empezó a llorar. La hija la abrazó, también llorando. Torres solo pudo acercarle un vaso de agua y esperar a que se serenara un poco.

Cuando se calmó, la madre le preguntó la causa de la muerte. El licenciado se lo dijo. “Lo mataron porque pensaron que iba a traicionarlos. Ellos son así...”. La mujer asintió. Sí. Se daba cuenta. Volvió a llorar, pero ya más quedito, y la hija la acompañó afuera. Fue la última vez que Torres las vio. No reclamaron el cuerpo. De seguro Dora Alicia no tenía ni para la caja. El cadáver de Wilmer, como muchos otros, fue a parar a la fosa común.

### **Tumba número cinco**

“¿Podría darnos unas declaraciones?”, pidieron los periodistas cuando abordaron a Torres saliendo de su oficina en la Fiscalía. “Perdonen, señores, pero tengo mucho qué hacer”, repuso el

criminalista. “Mejor déjenme su número y cuando tenga algo nuevo, les llamo”, ofreció. Tal vez así lo dejaran trabajar tranquilo, pensó. Pero se equivocaba.

De momento parecieron darse por satisfechos, así que Torres pasó por el cuartel central de la Policía recogiendo a Sánchez y a otro agente, y luego enfiló con rumbo norte. En la delegación de Apopa se subió otro agente. Los tres ocupaban la cama del *pícap* y llevaban fusiles de asalto.

Trabajaron con cierta tranquilidad toda la mañana. Fue Sánchez quien descubrió la gorra. Era blanca, con la insignia del Real Madrid al frente, bordada en azul y amarillo. El cadáver era de un joven de unos dieciocho años. El análisis de la dentadura terminaría de confirmar el dato. Llevaba unos jeans gastados cubiertos de grasa, una chaqueta de la misma tela que los pantalones y unos zapatos tenis muy gastados. En la bolsa del pantalón portaba sus documentos. “Andrés Mendoza”, leyó Sánchez en voz alta. “De profesión mecánico”. Torres anotó los datos que aparecían en el DUI y realizó las mediciones de rigor. Luego tomó fotos.

El cadáver aún presentaba masa muscular. Estaba un tanto retirado de los demás cuerpos. Al cuello tenía atado un alambre de púas y a la espalda había un trozo de palo de escoba. No presentaba heridas ni de bala ni de arma blanca. Torres anotó como posible causa de la muerte la sofocación provocada por el alambre. Debió de ser una muerte lenta y dolorosa.

“¿El móvil fue la traición?”, preguntó Sánchez. El criminalista no sabía qué pensar. “No sé”, confesó. “Pero de seguro le llevaban una bronca muy fea. A este lo hicieron sufrir bastante”.

Entonces fue que cayeron los buitres. No los emplumados pájaros que habían estado atentos a la exhumación de las dos bolsas plásticas, sino los periodistas. Torres no había precintado el lugar para no llamar aún más la atención, así que se colaron con todo y cámaras hasta el agujero.

“Les dije que yo los iba a llamar”, exclamó Torres, visiblemente emputado. Pero a aquellos tipos no les importó. Y además, llegaron

en plan comando: un reportero, un cámara y dos ayudantes, los cuatro arrasando con todo.

“Hey... esta es una escena de crimen. Respeten”, se quejó Sánchez, que por lo general era muy parco y no decía nada ante los periodistas.

“¿Sabe usted que con este suman noventa y nueve los homicidios cometidos este año en Apopa?”, preguntó el reportero mirando a cámara. “Apague esa cosa”, dijo Torres con tono ominoso. El hombre ignoró olímpicamente la orden. Por su actitud era obvio que le valía verga.

“Apague la cámara o lo haré arrestar por obstrucción a la justicia... y me las arreglaré para que le cierren todas las puertas de las fuentes policiales”, dijo en un tono que no admitía réplica. Aquel era un caso raro, pensó Sánchez, porque por lo general, Torres se llevaba bien con los periodistas. Tenían un pacto de no agresión. Y además, sabían que podían ser útiles para sus respectivos trabajos. Pero a Torres le molestaba la gente abusiva, y aquel tipo se estaba pasando de la raya.

El reportero al fin captó el mensaje y le hizo una señal al cámara, que bajó el equipo y lo apagó. “Muy bien. Ahora le contesto: no son noventa y nueve. Son más. Todavía no hemos terminado nuestro trabajo aquí. Mientras no concluyamos, le rogaría que se abstenga de dar cifras. Yo no manejo estadísticas. Eso lo hace otra sección de la Fiscalía y la Policía Nacional Civil. Además, no tomaría los números a la ligera. Al menos tres muertos son de hace más de dos años, así que incluirlos en los números de éste sería inexacto. Y solo contribuye a aumentar la paranoia y la intranquilidad de la gente”.

“Mi trabajo es dar la noticia”, se defendió el reportero. “Sí”, concedió Torres. “Y la mía es desenterrar muertos. Pero no lo hago para que usted tenga qué informar, sino porque sus familias los andan buscando y porque tenemos crímenes que perseguir. Mis prioridades son estas. Eso es lo que voy a hacer y después lo dejaré que haga sus tomas. Pero no antes. ¿Está claro?”.

El reportero asintió y se fue a sentar sobre una piedra, bajo un palo de mango, junto al cámara y los dos ayudantes. Ahí estuvieron todo el rato. Cuando se quejó de la tardanza, Torres se limitó a recordarle que le había dicho que él lo llamaría. Al final, se olvidó de la cámara y se concentró en el hallazgo. Cuando terminó, le concedió la entrevista.

“¿Podría decirme cuántas personas están enterradas en este cementerio clandestino?”, preguntó. El criminalista le hizo un breve resumen sin ahondar en los detalles. “¿Y cree que haya más?”. “Lo ignoro”, respondió Torres. Era verdad. No tenía idea. Sánchez y los agentes de Apopa ya no querían seguir cavando. No era que él muriera por seguir. Era su trabajo.

“¿Y las causas de las muertes?”. Ante esa pregunta, Torres se limitó a decir: “Muertes violentas. Cuchilladas, en la mayoría de los casos. Un cadáver estaba semidecapitado. Este último que excavamos hoy es un estrangulamiento, aunque por la forma en que se ejecutó, hubo una especial saña...”.

El periodista lo interrumpió: “¿Diría usted que la violencia está escalando?”. Torres lo miró sorprendido y respondió con cautela. “No lo sé. No me corresponde a mí sacar conclusiones. Yo solo cumplo con mi trabajo”.

La entrevista concluyó y por fin los de la tele se marcharon. Respiró con alivio. No había porqué, pero lo ponían tenso. Miró a lo lejos las últimas casas de aquella colonia de las llamadas viviendas populares. Eran unas cajitas de fósforos donde vivían hacinadas familias de seis, siete, ocho miembros. Imposible que tan cerca no se dieran cuenta de lo ocurrido junto al maizal. Se limitaban a mirar para otro lado. Al fin y al cabo, había que sobrevivir...

Torres siguió pensando en la pregunta del periodista cuando al caer la tarde arrancó el *pícap* y atravesó las calles de Apopa: una ciudad dormitorio donde se entrelazaban las vidas e historias de miles de personas, luchando a diario a brazo partido contra la pobreza.

No. No pensaba que esa era la justificación a todas las atrocidades que había visto. A lo mejor solo era un factor que

contribuía a ellas. Pero de tanto crimen, la pobreza no era el único porqué. Ni siquiera la causa última.

Recordó la foto del informante que le había mostrado Sánchez: un muchacho de dieciséis años con dos letras góticas en la cara. ¿Qué lo había llevado a formar parte de aquel infierno? Ismael Torres desconocía la respuesta. Tal vez no la había. Tal vez todo aquello no era más que un sin sentido total. O quizá en la respuesta a esa pregunta se escondía un principio de esperanza para un país que necesitaba desesperadamente de redención.

Torres siguió conduciendo a través de las calles atestadas, eludiendo el centro de San Salvador. Dejó a Sánchez en el cuartel central y enfiló hacia Santa Tecla. Por el rumbo del volcán las luces iban encendiéndose. Cuando se estacionó, cayó la noche.

El libro que ahora presentamos a la nación contiene una compilación de textos premiados en los Juegos Florales que la Secretaría de Cultura de la Presidencia promovió en diferentes ciudades del país durante 2014, y es, por ello, una muestra representativa del arte de la escritura en El Salvador, en los albores de este siglo XXI.

Tanto la prosa *Días de muertos*, de Carmen González Hugueta, como la pieza teatral *El tiempo en que no estás*, de Luis Alfredo Castellanos; la colección de poesía infantil *¡A la nana, nana; al pregón, pregón*, de Jorgelina Cerritos; el cuento *Solos*, de Mauricio Courtade; los poemarios *Ficción de amor*, de Francisca Alfaro y *Los paraísos de la desolación*, de Allan Barrera; así como el ensayo *Retratos de un país tercermundista en Hollywood*. Representaciones de los migrantes salvadoreños y su país en series de televisión y películas de ficción estadounidense de 1992 a 2012, de Willian Carballo, reflejan las tendencias por las cuales transita en la actualidad la poesía, el cuento, la prosa, la dramaturgia y la ensayística salvadoreña. Pero no solo eso, sino que también son testimonio del rigor y la disciplina del oficio de escritor que patentizan sus autores, muchos de ellos ampliamente conocidos en el ámbito literario salvadoreño y ganadores de importantes premios nacionales e internacionales.